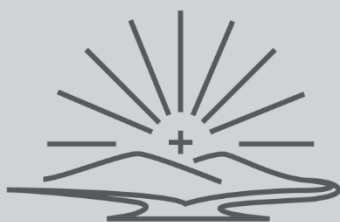




THE
MENTORING
PROJECT

LIDIAR CON EL DIVORCIO: SANACION Y ESPERANZA DESPUES DE UNA SEPARACION



AUTOR: DR. RICHARD PERHAI
EDITOR: DR. LARRY OATS

**LIDIAR CON EL
DIVORCIO:
SANACION Y
ESPERANZA
DESPUES DE UNA
SEPARACION**

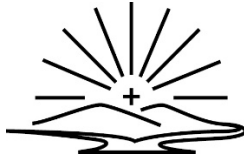


AUTOR: DR. RICHARD PERHAI

EDITOR: DR. LARRY OATS

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	4
PARTE I: CUANDO SE ROMPE EL PACTO	6
PARTE II: VIVIR EN LAS RUINAS	11
PARTE III: LA IGLESIA Y EL ABISMO	15
PARTE IV: LA DIFÍCIL TAREA DE LA GRACIA	18
PARTE V: LA RESTAURACIÓN DEL SEÑOR	20
CONCLUSIÓN	23



INTRODUCCION

El divorcio es un funeral sin la dignidad de un ataúd. Son los restos crudos y sin adornos de una vida que pensábamos que estaba anclada en los cimientos de la eternidad. Cuando la casa se queda en silencio y las sillas permanecen vacías, el alma comienza a darse cuenta de que no es solo una transición difícil o un giro brusco en el camino. Es una desintegración violenta del yo. Dave ni siquiera tocó la puerta cuando apareció en mi porche esa noche. Simplemente se quedó de pie allí, con cara de quien acababa de ser atropellado por un tren y la voz temblorosa. Había pasado 48 horas en una casa demasiado silenciosa, y empezaba a parecer que las habitaciones se burlaban de él. Se sentía un fantasma. Vivimos en una cultura que intenta desestimar este dolor, diciéndoles a quienes lo sufren que sigan adelante o que empiecen de cero, como si la ruptura de una unión fuese un simple error administrativo. Sin embargo, el corazón conoce la verdad de la ruina. Siente el dolor de un pacto roto como un peso en lo más profundo de los huesos. Esta es la realidad del mundo caído, y no hay una escapatoria rápida.

En los senderos antiguos de nuestra fe, hablamos de pactos con una seriedad difícil de comprender para las mentes modernas. El matrimonio no es un contrato basado en la satisfacción mutua; es una estructura sagrada construida frente a un Dios santo. Cuando se rompe, parece que la tierra misma se resquebraja. ¿Por qué los creyentes sienten una vergüenza tan paralizante cuando se presentan en el vestíbulo de la iglesia sin su anillo de bodas? Es porque a menudo confundimos la apariencia externa de la «familia perfecta» con el verdadero estado de nuestras almas. A la luz de la mañana dominical, sentimos el inmenso abismo frío entre nuestra propia ruina y la perfección percibida de los bancos de la iglesia. La vergüenza se convierte en una segunda piel, una vanidad que nos dice que somos «productos dañados». Sin embargo, esto significa no comprender la realidad fundamental que revela Génesis 3.

GUÍA DE CAMPO

Desde la Caída, la tierra se ha endurecido, y los corazones humanos aún más. El divorcio es la evidencia visceral de un mundo rebelde. A veces, es el resultado de una gran traición, y otras, es la erosión lenta de dos almas que dejaron de ofrecer la gracia que una vez recibieron.

A pesar de todo, nuestro Dios reconstruye las ruinas. No aparta su mirada de los escombros ni busca un proyecto más prístino en el que invertir su tiempo. ¿Dónde está la soberanía de Dios cuando un hogar colapsa? Él está en medio del desastre. Si observamos la historia de Israel, vemos un pueblo que rompió todas las promesas, que deambuló o a veces incluso corrió hacia el polvo de sus propios deseos, y que lo perdió todo. No obstante, Dios no los abandonó. Se quedó entre las ruinas. Trabajó entre los escombros para forjar algo nuevo a partir de los restos de su rebelión. Él es el Dios de los angustiados: no porque le guste el dolor, sino porque solo Él puede redimir el esfuerzo y el afán humanos.

¿Acaso mi identidad cambia a «divorciado» ante los ojos del Rey? Tu nombre no es tu estado civil. Eres hijo de Dios. Tu identidad está anclada en la gracia inmerecida de Cristo. Le perteneces a Él. Él no murió por una versión idealizada y perfecta de la familia; murió por el verdadero tú: ese que tiene los ojos enrojecidos y una cama vacía. Nada de esto lo toma por sorpresa. Por lo tanto, debemos poner en práctica la buena mayordomía de nuestro dolor. Puede que no hayas elegido esta etapa de tu vida, pero debes administrarla con una honestidad firme. El Señor sigue siendo dueño de esa vida que sientes que se partió en dos. La historia no termina aquí. Dios sigue escribiendo en los márgenes del desastre y permanece cerca de los angustiados. Este no es un cliché vacío. Es una promesa anclada en el carácter de un Dios que se especializa en la resurrección. Analicemos con franqueza qué sucede cuando el pacto se rompe.

1

CUANDO SE ROMPE EL PACTO

El peso de los votos

Vivimos en un mundo que trata las palabras como si fueran plástico barato: desechables, producidas en masa y descartadas fácilmente cuando ya no satisfacen nuestros deseos inmediatos. Sin embargo, en la economía del Reino, un voto está hecho de hierro y hueso. Es el peso que ancla el alma a una promesa hecha ante Dios. Cuando miramos el corazón de Dios con respecto al matrimonio, debemos comenzar con la dura realidad que expresa el profeta Malaquías. El texto nos dice que Dios aborrece el divorcio. Este no es un disgusto casual o una preferencia por la estabilidad. Es un duelo divino y visceral por la ruptura de lo que Él mismo unió. Es el lenguaje de un Creador que ve como su obra es hecha trizas por las manos de aquellos que juraron protegerla. El matrimonio no es un simple contrato para el intercambio mutuo de servicios ni un acuerdo de conveniencia. Es un pacto para toda la vida. Es el misterio de volverse una sola carne que refleja la relación entre Cristo y su Iglesia.

¿Qué dice la Biblia sobre el verdadero peso de los votos matrimoniales? La respuesta está en la esencia del pacto en sí mismo. Cuando un hombre y una mujer se ponen delante de Dios y juran sus vidas el uno al otro, no se trata solo de un gesto romántico. Están estableciendo un símbolo de la fidelidad de Dios. Romper ese voto es destrozar ese símbolo. Es decirle al mundo que las promesas son temporales y que «hasta que la muerte nos separe» en realidad significa «hasta que me canse». Dios odia el divorcio porque ama el pacto. Ama la unidad que este representa. Odia la violencia de la separación. Esta es la esencia de la teología, no podemos suavizar el asunto. Fingir que la ruptura de un matrimonio es nada más que una «transición de la vida» es ejercer más violencia contra la santidad de Dios. El divorcio es una tragedia de proporciones cósmicas porque da cuenta de la muerte de una promesa. Debemos sentir el peso de esta

situación. Los votos no son algo sin importancia. Son una carga de gloria que estaba destinada a durar hasta la tumba.

La ruptura del pacto también lastima a los niños que no entienden por qué sus padres no siguen juntos. El divorcio también desestabiliza a la sociedad, como si se retiraran las vigas que sostienen un techo.

Aun así, tenemos que ser cuidadosos y no usar las palabras de Malaquías en contra de la persona que fue abandonada. El aborrecimiento de Dios hacia el divorcio es, fundamentalmente, odio hacia el pecado que lo causa: la dureza de corazón, la traición y la fría indiferencia que lleva al colapso de un hogar. Odia el dolor que les causa a los niños, que se ven obligados a vivir en dos mundos diferentes. Odia la manera en que hace que una mujer o un hombre se sienta como un resto desechado. Los votos tienen mucho peso porque el premio del pacto es glorioso. No honramos al matrimonio fingiendo que el divorcio es fácil; lo honramos admitiendo que su destrucción es una forma de muerte espiritual. Es la cruda realidad en la que nuestras expectativas e ideales se encuentran con el peso demoledor de nuestras fallas. Sin embargo, no podemos recibir gracia hasta que nos hayamos situado bajo la sombra de la Ley. Debemos reconocer que romper el pacto es una ofensa ante Aquel que siempre cumple con su palabra. Es una ruptura en el orden creado, un desgarrar en la tela de la familia que deja una herida permanente en el alma.

El permiso misericordioso

Si Dios odia la ruptura del pacto, debemos hacernos una pregunta difícil: **¿Por qué Dios permite que exista el divorcio en un mundo caído si lo odia tanto?** La respuesta a esto se halla en las polvorientas calles de Galilea, donde los fariseos intentaron tenderle una trampa a Jesús con preguntas sobre la Ley y sus posibles lagunas. Jesús los llevó de nuevo al principio, al diseño previo a que el polvo del pecado se asentara en el corazón humano. No obstante, Jesús también tuvo en cuenta la cruda realidad del mundo. Habló sobre la dureza del corazón. El divorcio no formaba parte del plan original de Dios, pero es un permiso misericordioso que nos otorga debido a la presencia del pecado. En un mundo donde los hombres traicionan a las mujeres, y estas abandonan a sus maridos, Dios nos ofrece un límite legal para proteger a los más vulnerables. La Ley no constituye la aprobación de este acto. Es una medida de protección para las víctimas de las promesas rotas.

LIDIAR CON EL DIVORCIO

Los fundamentos bíblicos para el divorcio —la inmoralidad sexual y el abandono por parte de un cónyuge no creyente— no son permisos automáticos para disolver el vínculo. Son concesiones de misericordia para la parte que ha sido abandonada en las ruinas de su vida. Mateo 19 y 1 Corintios 7 son las barreras de seguridad del alma. Cuando un cónyuge rompe la unión de «una sola carne» por medio del adulterio, ya se produjo un divorcio espiritual. El decreto legal simplemente reconoce el caos que el pecado ya causó. Es un permiso trágico. Es la voz de Dios que declara que no obligará a los fieles a permanecer unidos a un fantasma. La realidad es que a veces el pecado es tan invasivo y destructivo que la unión ya no puede sostenerse. Este permiso reconoce que vivimos en un mundo pasajero donde aún crecen las espinas y deambulan los corazones.

¿El permiso bíblico para divorciarse también aplica a casos de abuso? Dios no solo aborrece el divorcio; también aborrece la violencia doméstica (Sal 11:5). Los esposos deben amar a sus esposas tal como Cristo amó a su Iglesia, y las esposas deben someterse a sus propios esposos como al Señor. Pero ¿acaso el Señor golpearía alguna vez a su esposa? Aunque las Escrituras no expliciten el permiso para divorciarse en casos de violencia doméstica, tampoco llaman a permanecer junto a un cónyuge abusivo. Es posible que las esposas o los esposos necesiten apartarse del abusador junto a sus hijos y tomar las medidas necesarias (pastorales, terapéuticas o legales) para protegerse. Los ancianos y los pastores deben involucrarse y ayudar a proteger a los más vulnerables por medio de programas de mentoría, disciplina eclesiástica, orientación para abusadores y, luego, acompañamiento para lograr la restauración matrimonial. Puede que la separación a largo plazo o el divorcio sea la única opción si la restauración resulta imposible.

¿El permiso bíblico para divorciarse implica que volver a casarse es siempre una opción para los creyentes? Aquí es cuando la Ley choca con la realidad. En la tradición cristiana, reconocemos que, cuando hay fundamentos bíblicos para la disolución de un matrimonio, la parte inocente suele quedar libre para volver a casarse ante el Señor. Sin embargo, este nunca es un momento de celebración pura. Es el reconocimiento sombrío de que el pacto original ha sido destrozado irrevocablemente. Volver a casarse es un regalo de la gracia común, una forma en la que el Señor ofrece compañía y estabilidad en medio de un mundo caído. Sin embargo, debemos aceptar este regalo con temor y cautela. No es una forma de «empezar de cero», como si los primeros votos nunca hubiesen

existido. Es un nuevo sendero que se construye sobre las ruinas del anterior. No estamos buscando vacíos legales, sino la misericordia del Rey, que sabe que sus hijos están hechos de polvo. El permiso de la misericordia no es un pase libre para ser imprudentes; es un refugio para quienes han sido lastimados por la dureza de un corazón ajeno.

La fricción de la Caída

No podemos entender el abismo del divorcio sin regresar a los cardos y las espinas de Génesis 3. La Caída no solo arruinó nuestra relación con el mundo: arruinó nuestra relación con la persona que duerme a nuestro lado. La unión de «una sola carne» se convirtió en un escenario de luchas de poder, manipulación y el frío deseo de dominio. El divorcio es el fruto definitivo de la Caída. Es la evidencia dura y cruel de que la serpiente sigue susurrando en el jardín. Cuando vemos el colapso de un hogar, estamos observando el mismo deterioro que hace que el cuerpo decaiga y la mente divague. Es la cruda realidad de este mundo. Incluso nuestras uniones más sagradas están expuestas a la podredumbre de la depravación total. No somos tan buenos como creemos que somos. Somos capaces de matar a quienes amamos. Somos capaces de dejarnos consumir tanto por nuestra vanidad que terminamos incendiando el hogar solo para sentir el calor o contemplar las llamas.

Todo divorcio es un recordatorio de las penurias de la condición humana. Es una clara prueba de que el mundo no es como debería ser. Sin embargo, en medio de este caos, el alma a menudo clama con un temor paralizante. ¿Acaso el divorcio es un pecado imperdonable que mancha para siempre al creyente ante los ojos de Dios? Hay hombres y mujeres que se han sentado en los bancos traseros de la iglesia durante años, convencidos de que la tinta de su sentencia de divorcio es una marca de vergüenza permanente que ni la sangre de Cristo puede lavar. Se sienten como si fuesen productos dañados, excluidos de forma definitiva de la vida «real» de la iglesia. Esta es una cruel mentira. Solo hay un pecado imperdonable, y no es el fracaso de un matrimonio. La cruz de Jesucristo es más grande que tu matrimonio y más profunda que el abismo de tu falta.

Si confesamos nuestros pecados —incluyendo los pecados que resultaron en el colapso de un hogar—, Él es fiel y nos perdona y limpia de toda injusticia. La sangre del Cordero fue derramada por los adúlteros, los abandonados, los duros de corazón y los caídos. Tu identidad no es «divorciado»; tu identidad es «comprado por un precio». ¿La ruptura de tu pacto es una tragedia? Sí. ¿Es

LIDIAR CON EL DIVORCIO

consecuencia de la Caída? Sí. Sin embargo, no es un territorio al que la gracia de Dios no pueda llegar. La gracia de Dios no es un «atajo» para una vida mejor: es una misericordia cruda y violenta que nos levanta del polvo que creamos. Si tu matrimonio se acabó, debes hacer tu duelo, pero no adores tu fracaso. Eres mayordomo de una vida rota, y al Amo todavía le interesan las ruinas. Él es el Dios de resurrección. Si bien puede que no resucite tu matrimonio, está completamente decidido a resucitarte a ti. El camino es duro y las espinas punzantes, pero el sendero antiguo atraviesa los escombros para llegar a los pies de la Cruz, donde todo pecado es sepultado y las almas son renovadas por su gracia.

El peso de los votos permanece, así como el permiso misericordioso y la fricción de la Caída. Aun así, a pesar de todo, la soberanía de Dios gobierna el caos. No le sorprende la silla vacía en tu comedor. No le repulsan los ojos enrojecidos ni la voz temblorosa. Se queda en las ruinas junto a ti, no como un espectador sino como el Amo de la casa que sabe exactamente cómo reconstruir desde los escombros. Debemos dejar la vergüenza en el altar y aceptar el llamado del nuevo día; atravesar el sendero antiguo cojeando, pero seguir avanzando.

2

VIVIR EN LAS RUINAS

El abismo de la vergüenza

Hay un silencio particular que recibe a los recién divorciados en el santuario. Es el silencio de aquellos que no saben a dónde mirar. Entrar al vestíbulo de la iglesia sin un anillo de bodas se siente como llevar una letra escarlata cosida en lo más profundo de tu alma. Ves a las familias estables y funcionales, y el abismo entre su integridad y tu ruina se siente como mil millas de vidrio astillado. Los bancos que alguna vez fueron un refugio se sienten como una sala de tribunal donde te declararon culpable. Para enfrentar esta vergüenza paralizante, debes reconocer que es la vanidad del ego tratando de salvarse a sí misma a través de una actuación. A menudo lamentamos más la pérdida de nuestra reputación que la del pacto.

Sin embargo, entrar a la iglesia en ruinas es recorrer el sendero antiguo de la humildad. Es admitir que eres exactamente lo que la Biblia dice: un mendigo. Esta tensión es un regalo: el despojo de tu «justificación doméstica». No eras parte de la iglesia por ser un «buen cónyuge», sino porque eres un pecador redimido. Si la iglesia es un hospital, estar ahí en medio de los escombros es lo que importa. No necesitas ocultar tu herida. El Amo de esta casa fue «despreciado y rechazado», varón de dolores, habituado al sufrimiento. No mires los demás bancos, mira su cruz. La única opinión que importa es la de Él, quien dice que tu deuda fue saldada. No vas a la iglesia para demostrar tu integridad, sino para declarar que Dios es fiel incluso cuando tú no lo eres. El abismo se cierra con su sangre, no con tu estado civil. Vas a la iglesia para adorar a ese Dios misericordioso.

LIDIAR CON EL DIVORCIO

La crisis de identidad

Cuando se firman los papeles y se hace la mudanza, se abre un vacío aterrador. Durante años, tu identidad estuvo atada a un papel, el de esposo o esposa. Ahora que ya no cumples esa función, te encuentras deambulando a oscuras. Esta es una crisis violenta del ser: te miras al espejo y ves a un extraño cuya identidad solía estar definida por la presencia de otra persona. Pero ¿quién eres en Cristo? Eres exactamente el mismo que eras antes de decir: «Sí, quiero». Eres hijo del Rey y un ciudadano de la Ciudad definitiva que no necesita del matrimonio. En nuestra tradición, nos anclamos en la soberanía de la elección de Dios. Tu identidad nunca fue «casado» sino «elegido».

Puede que el mundo te trate como un fragmento o un aparato defectuoso que ya no cumple su función. Por desgracia, la iglesia puede ser aún peor en este sentido. A lo largo de la historia, la iglesia trató a los divorciados con especial severidad. Impusieron un estigma doloroso (y, a veces, prejuicioso) sobre los cristianos divorciados, sin buscar comprender con misericordia las causas de su divorcio.

Afortunadamente, este patrón está cambiando. El mundo empieza a aceptar el divorcio como algo inevitable y, como resultado, hay quienes nunca se casan siquiera. Incluso las iglesias más conservadoras que siempre han juzgado a los divorciados con dureza están cambiando. Están empezando a ver que todos los creyentes están rotos de una forma u otra y que la iglesia es, en realidad, un hospital.

Esto está llevando a las comunidades cristianas a incluir a las personas divorciadas como miembros «normales» de la vida eclesial. Este es un paso saludable para que las personas separadas y divorciadas permanezcan en la iglesia, donde la aceptación por parte de sus hermanos y hermanas en Cristo les permite sanar.

El divorcio no es el pecado imperdonable que hace que dejes de ser cristiano. Los creyentes divorciados también pueden estar unidos a Cristo y pertenecer a Él. Dios nos ofrece perdón por nuestras faltas del pasado, poder para cambiar el presente y esperanza para el futuro.

Pensar de otra manera es creer en las mentiras del mundo. La gracia poderosa del evangelio nos dice que nuestra unión con Cristo es el único matrimonio que

nos define de verdad y para siempre. Las uniones terrenales son simples sombras, símbolos temporales que apuntan a las bodas del Cordero. Cuando ese símbolo se derrumba, la realidad sigue estando ahí. Debes hallar vida en la Palabra, no en los ojos de un cónyuge. Eres un sacerdote, un santo, un soldado. «Esposo» o «esposa» fueron papeles que duraron una etapa, pero eres «redimido» para siempre. Puede que esto se sienta como una amputación, pero es un fuego que te refinará. El Amo está despojándote de tu autosuficiencia para que puedas apoyarte en los cimientos de su gracia inmerecida. No eres la «mitad» de nada. Eres un alma comprada por un precio, y el Dueño aún tiene un llamamiento celestial para la vida que te queda.

El ídolo de la familia perfecta

Hoy en día, los cristianos tenemos el hábito de adorar más el «sueño doméstico» que al Dios que lo sostiene. Hemos convertido nuestro feliz núcleo familiar en un dios de madera y piedra. Creemos que, si seguimos los «principios bíblicos» correctos y oramos adecuadamente, tenemos garantizada una vida tranquila y un hogar estable. Tratamos el «hogar que honra a Dios» como si fuese una máquina expendedora: se introduce esfuerzo y se obtiene la familia perfecta a cambio. Cuando hay un divorcio, este ídolo se hace trizas, y a menudo el polvo es cegador. Nos vemos devastados no solo porque perdimos a nuestra pareja, sino porque nuestro «dios» —el sueño del hogar ideal— nos ha fallado.

¿Cómo dejo de adorar la imagen de un hogar feliz y comienzo a adorar al Dios que permanece en medio del desastre? Primero, debes admitir que tu «familia perfecta» nunca fue tu fuente de vida: era un regalo que te fue prestado, tal vez uno del que terminaste dependiendo más que de Aquel que te lo había dado. A menudo valoramos más la imagen de la integridad que la realidad de la santidad. La santidad suele forjarse en un hogar roto. Es en este caos —las peleas por la custodia, las finanzas inestables y la cama vacía— que por fin dejamos de buscar el «cielo en la tierra» y fijamos la mirada en el Rey.

El Dios de la Biblia no es un Dios que existe solo en entornos prístinos y estables. Es el Dios que estuvo en una tienda de campaña en el desierto. Es el Dios que atravesó un territorio colonizado y ocupado. Es el Dios que nació en un establo y murió en medio de la basura. Él se siente cómodo entre las ruinas. Si estás esperando a que tu vida esté «completa» otra vez antes de volver a adorarlo, estás adorando tu propia comodidad. La mayordomía en las ruinas implica adorar a Dios en este preciso momento, en medio de la tormenta. Es darse

LIDIAR CON EL DIVORCIO

cuenta de que una persona rota en un hogar roto puede ofrecer un sacrificio de alabanza más precioso ante los ojos de Dios que aquellas oraciones ensayadas de quienes nunca experimentaron la pérdida.

Debemos abandonar al ídolo del «hogar perfecto» y reemplazarlo con la esperanza inquebrantable de la Cruz. La Cruz no es un símbolo pulcro y limpio. Representa un momento violento, sangriento y «fallido» ante los ojos del mundo, que se convirtió en la fuente de toda la vida. Puede que tu vida se vea como un fracaso ante el mundo y ante las familias «perfectas» de la iglesia, pero en manos del Señor, es la materia prima para una obra maestra de gracia. Finalmente, estás en las condiciones de ver que Dios es suficiente; no Dios y un matrimonio estable; no Dios y una reputación respetada. Solo Dios. Cuando el ídolo se cae, el Dios verdadero por fin se revela. Él se queda junto a ti cuando todos se van. Él construye a partir de las cenizas. Y Él te está guiando, un paso a la vez, hacia la Nueva Ciudad donde se enjugará toda lágrima y se restaurarán todas las ruinas.

3

LA IGLESIA Y EL ABISMO

La soledad del banco

Hay cierta tensión fría y dolorosa que se da en las semanas y los meses posteriores a la ruptura de un matrimonio. Entrás al mismo santuario donde antes eras la mitad de un par, y de pronto te das cuenta de que eres un recordatorio vivo de que incluso las uniones que parecen más sólidas pueden desintegrarse. Notas el cambio sutil y casi imperceptible en tu círculo social. Las invitaciones a cenar comienzan a reducirse. Los amigos casados que antes compartían tu vida ahora parecen alejarse, y sientes que miran la salida en cuanto te acercas. Es fácil interpretar esto como si estuvieran juzgándote o condenándote en silencio por tu fracaso en mantener el pacto. Sin embargo, a menudo tus amigos se alejan porque sienten un miedo visceral. Cuando te ven en ruinas, notan que es algo que también podría pasarles a ellos. Tu presencia los incomoda, ya que demuestra que «los cardos y las espinas» pueden penetrar incluso en los santuarios domésticos más cuidados.

¿Cómo lidio con el profundo dolor y el aislamiento cuando mi comunidad cristiana parece alejarse en mi momento de mayor necesidad?

Debes enfrentarlo con el valor de un alma que ya sobrevivió a lo peor. Debes darte cuenta de que la mayoría de las personas no están bien equipadas para lidiar con el peso de la tragedia de alguien más. Quieren arreglar las cosas, y cuando notan que no pueden «arreglar» tu vida con un par de versículos y una comida casera, no saben qué hacer con su propia impotencia. Lidiar con este dolor implica dejar de buscar en otros cristianos el consuelo que solo el Señor puede darte. Debes perdonar a tus amigos por su temor y darte cuenta de que su alejamiento es un síntoma de su propia fragilidad, no una medida de tu valor. La soledad de un banco es un fuego purificador. Te obliga a ir más allá de la

comunidad superficial de conveniencia social y buscar «el sendero antiguo» de la fraternidad, donde los demás no tienen miedo de sentarse contigo en el polvo. Es un momento para encontrar a los pocos amigos que se quedarán junto a ti en el abismo; no aquellos que intentan explicar lo que pasó, sino quienes están dispuestos a ensuciarse las manos con el barro de tu vida.

La vocación de la crianza en solitario

Para muchas personas, la transición hacia la crianza en solitario se siente como si estuvieran condenados para siempre a vivir en un «plan B». Observas tu vida y ves una versión imperfecta y de segunda categoría de la familia que querías construir. Sientes el peso demoledor de ser la única fuente de sustento, la única persona que impone disciplina y el único soporte emocional de niños que están sobrellevando el duelo de un cambio enorme. La cultura —y, a veces, la iglesia— habla de los «hogares rotos» como si fuesen territorios en los que la presencia de Dios se ve disminuida o diluida. Te levantas sintiendo cansancio incluso antes de empezar el día, preguntándote si haces algo más que sobrevivir a los efectos de la separación.

¿Cómo puedo dejar de ver la crianza en solitario como un trágico «plan B» y verla como un llamamiento celestial específico para esta etapa de mi vida?

Debes rechazar la vanidad del «hogar perfecto» y abrazar la dura realidad de tu vocación actual. En la soberanía de Dios, no existen los «planes B». Solo existe el camino que Él preparó para ti y, ahora mismo, ese camino incluye la sacrificada labor de criar niños bajo la sombra de la Cruz. Criar en solitario constituye una gran tarea de mayordomía. Eres el embajador de la fidelidad de Dios en un hogar que experimentó la violencia de la Caída. Cuando provees a tus hijos, estás reflejando la paternidad de Dios. Cuando los consuelas, estás imitando al Consolador por excelencia. Este no es un llamamiento de menor valor, sino uno más intenso. Requiere la tenacidad de un soldado y el corazón de un santo. Les estás enseñando a tus hijos que la presencia de Dios no depende de la presencia de un cónyuge. Les estás mostrando que el Señor puede construir un reino a partir de los escombros. Cada comida que prepares, cada lágrima que seques y cada oración que susurres en la oscuridad es un acto de batalla espiritual. No eres «solo» una persona que cría en solitario; se te asignó una tarea difícil para un propósito santo: administrar los recursos más preciosos del Amo.

Gracia en la asamblea

La búsqueda de una iglesia después de un divorcio puede sentirse como explorar un campo minado. Por un lado, están las congregaciones que sacrificaron el «peso de los votos» en el altar de un evangelio terapéutico y edulcorado: lugares donde nunca se menciona el pecado, y la ruptura de un matrimonio se considera un inconveniente menor. Por otro lado, hay lugares que practican un legalismo rígido y frío, donde nunca se reconoce el «permiso misericordioso» y eres tratado como un marginado permanente cuya presencia mancha la santidad de los encuentros. Ninguno de estos lugares refleja el corazón del Rey. Un alma en ruinas necesita una comunidad con la determinación suficiente como para nombrar el pecado y con la gracia suficiente como para recibir al pecador.

¿Qué debo buscar en una iglesia local que ofrezca el equilibrio necesario entre la verdad bíblica y la misericordia radical?

Deberías buscar una iglesia que se sienta cómoda enfrentando la realidad; un púlpito que no rehuya el peso de lo que afirma Malaquías, pero que hable con las lágrimas de Cristo por Jerusalén. Una iglesia que comprenda de verdad la realidad del pecado no se sorprenderá por lo que estás pasando, ya que saben que todas las personas presentes son seres marcados por la depravación total y sostenidos por la gracia inmerecida. Debes buscar una comunidad que no se limite a ofrecerte un «programa de recuperación», sino una que viva activamente una teología de la restauración, en donde los ancianos no teman acompañarte en medio de los escombros de tu divorcio.

Evita los lugares que quieran ponerle otro nombre a tu fracaso u ocultar tus heridas. Busca una asamblea que te trate como a un viajero que se cayó en un sendero escarpado. Necesitas un lugar donde la Palabra se predique con autoridad y donde los sacramentos se administren con una ternura que reconozca el hambre de los necesitados. La iglesia correcta no te pedirá que «arregles» tu vida antes de poder ser parte. Comprenderán que solo el Señor puede arreglar las cosas, y que a menudo lo hace a través de las manos imperfectas y caóticas de la congregación. En un lugar así, el abismo no es un impedimento para la comunión, sino el terreno donde la gracia de Dios se ve con mayor claridad. No debes buscar una familia «perfecta», más bien, una familia de mendigos que encontraron el Pan de vida y están ansiosos por compartirlo con cualquier persona que esté en las ruinas.

4

LA DIFÍCIL TAREA DE LA GRACIA

Las dificultades de la custodia compartida

La verdadera esencia de la santificación de una persona no se encuentra en un santuario climatizado mientras se cantan salmos. Se encuentra en una húmeda tarde de domingo, de pie al final de un camino de grava, esperando a que un auto que ya no te pertenece te traiga a los niños que ya no ves todos los días. Esta es la realidad poco glamorosa y agotadora del «traspaso». Es aquí donde la teología elevada se encuentra con la realidad visceral de ver a un excónyuge, la persona que tal vez haya destruido tu confianza o tratado tu vida como algo desechable.

La custodia compartida es una mayordomía ejercida en lo cotidiano. No solo estás organizando horarios, sino también el entorno espiritual de las almas que Dios puso bajo tu cuidado. El Señor te pide que seas el adulto de la situación, incluso cuando tu corazón clama por venganza. Esta civilidad sobrenatural tiene sus raíces en Romanos 12:18, que nos llama, en cuanto dependa de nosotros, a vivir en paz con todos. Eres responsable de la paz de tu lado del camino. Negarte a convertir el momento del intercambio de custodia en una lucha no es un símbolo de debilidad. Es la tarea de un mayordomo que sabe que Dios es el único Juez justo. Tus hijos están observándote para ver si el Dios al que adoras es lo suficientemente grande como para enfrentar una tarde de domingo sin convertirla en una guerra civil.

Crianza compartida bíblica: mostrar fidelidad en medio de las ruinas

La tarea más difícil para los padres divorciados es modelar el carácter de Dios ante sus hijos, cuyo mundo quedó reducido a cenizas. Cuando un hogar parece una zona de desastre, los trucos superficiales y las frases religiosas trilladas no sirven de nada. La crianza compartida bíblica requiere una total honestidad. No

puedes proteger la reputación de Dios mintiendo sobre «los cardos y las espinas» de la Caída, sino al demostrar cómo se comporta un creyente en medio de la tormenta.

Recuérdales a tus hijos lo que dice Salmos 27:10: «Aunque mi padre y mi madre me abandonen, el Señor me acogerá». Esta es su ancla definitiva. Les estás enseñando que la presencia de Dios no depende de que haya un cónyuge en la casa. Sin embargo, impartir esta enseñanza te obliga a mantener el silencio en cuanto a los errores del otro progenitor. Cada vez que hablas mal de tu expareja, envenenas el pozo del que beben tus hijos. En cambio, demuestra el «gran amor» de Lamentaciones 3:22-23. Estás construyendo un nuevo hogar hecho de «piedras vivas» —la verdad y la misericordia—, no de restos de un sueño doméstico que no sobrevivió.

La trampa del resentimiento: el alto costo del deseo de justicia

El deseo de «ganar» el divorcio es una vanidad muy seductora. Queremos imponer nuestra versión de los hechos, ganarnos la fidelidad de nuestros amigos y tener la satisfacción de ver a nuestra expareja fracasar. No obstante, el resentimiento es un veneno de acción lenta que te bebes esperando que el otro muera. Consume tus fuerzas y te impide ver la obra del Señor en tu propia vida. En Mateo 18, nos vemos representados por el siervo despiadado: se nos perdonó una deuda inmensa que nunca podríamos haber pagado; sin embargo, sujetamos a nuestro excónyuge por el cuello por una deuda compuesta de heridas emocionales.

El resentimiento es la negativa a aceptar un mundo corrupto. Es intentar apropiarnos del papel de jueces, que le corresponde al Rey. Perdonar a un cónyuge infiel no significa que la traición haya estado bien. Se trata de entregarle la deuda al Señor y evitar que esta se pudra en el fondo de tu corazón. Tu alma es demasiado preciosa como para estar atada a sus pecados para siempre. Debes retirar los cargos porque tu Rey retiró los cargos contra ti. Esta es la difícil tarea de la gracia. Es el único camino para salir de las ruinas. No puedes entrar en la Nueva Ciudad si todavía estás intentando incendiar el puente detrás de ti.

5

LA RESTAURACION DEL SEÑOR

El Dios de las cicatrices

A menudo ansiamos una resurrección impecable: una victoria inmaculada en la que la tinta de nuestros fracasos simplemente desaparezca. Queremos olvidar el dolor. Sin embargo, ese no es el caso de Cristo resucitado. En el Evangelio de Juan, el Señor se reencuentra con sus discípulos y les muestra sus manos y su costado. Invita al incrédulo a que toque las marcas de los clavos. Cristo conservó sus cicatrices. Son las credenciales eternas de su amor y la evidencia clara de que el combate por el alma fue real. Las marcas seguían ahí, pero la tristeza había desaparecido. Ya no eran heridas abiertas: eran la prueba transfigurada de una victoria conquistada sobre el polvo del empedrado.

Para el creyente que se halla entre las ruinas de un pacto roto, esta es la única teología lo suficientemente relevante. Temes que tu divorcio te defina como víctima, que el filo del rechazo determine cada mañana en una casa silenciosa. No obstante, observa al Dios de las cicatrices. Él no usa materiales «perfectos» para su obra. Se especializa en los escombros. En nuestra tradición, la providencia no es la administración fría y desapegada de un universo mecánico. Es el trabajo práctico y complejo de darle un nuevo propósito a nuestros desastres. Tu divorcio es un sitio en ruinas, un lugar de trauma. Aun así, el Señor no se aleja. Él trabaja en el terreno salvaje del corazón humano.

Él toma los restos de tu confianza y las astillas de un sueño frustrado para crear una nueva arquitectura del alma. No borra el dolor; incorpora la cicatriz en el diseño. Las cicatrices cuentan la verdad sobre la Caída, pero ya no tienen el poder de desangrarte. Dios usa las ruinas para formar un corazón más dependiente y conocedor de la gracia de lo que una vida «perfecta» jamás

podría lograr. Ahora la cicatriz es el lugar a través del cual ingresa la luz de su misericordia.

La perspectiva a largo plazo de la redención

La mentira principal que susurra el enemigo en las horas silenciosas después de haber firmado el divorcio es que ese periodo representa una sentencia definitiva para tu vida. Te sientes como si ya estuvieran apareciendo los créditos finales cuando aún sigues en el cine, mucho antes de que la película hubiera terminado. Ves la silla vacía o la cuenta bancaria dividida y te convences de que ahora eres un «epílogo» en el Reino: los restos de una historia que terminó con un fracaso catastrófico. Adoramos al Dios que obra a lo largo de siglos y generaciones, no en trimestres fiscales. La redención es una misericordia que obra lentamente a lo largo del tiempo. Es la realidad del «ya, pero todavía no». Encontramos el valor cuando seguimos caminando por los mismos senderos antiguos de los santos que estuvieron rotos antes que nosotros.

Observa a José en la cisterna, vendido por sus propios hermanos a una tierra extranjera. Observa a Israel entre el polvo de Babilonia, preguntándose si las promesas de Dios desaparecieron por causa de su rebeldía. Cuando fueron desplazados, parecía el fin del mundo. Sin embargo, la Providencia estaba moviendo las piezas para poder alcanzar una resolución que ellos aún no podían imaginar. Tu divorcio es un capítulo catastrófico, pero no es el último. El Señor aún tiene tinta en su pluma. Sigue escribiendo, y es un autor al que le encantan los giros inesperados que resaltan su gracia inmerecida. Para adquirir la perspectiva a largo plazo de la redención, debes dejar de mirar al desastre del ayer y comenzar a descansar en el decreto eterno del Rey.

Romanos 8:28 no es una simple frase trillada para calmar una molestia pasajera. Es la promesa firme de que, para todos los que aman a Dios, todas las cosas — incluyendo las traiciones, los costos legales, la custodia compartida y la agobiante soledad— están siendo dispuestas para un bien que aún no puedes ver. Este «bien» no es necesariamente el regreso a tu vida anterior o una nueva pareja. Es mucho mayor. Es tu transformación a la imagen de Cristo. «A largo plazo» significa que a Dios le interesa más tu santidad que tu comodidad doméstica. Está tomando el camino largo para llevarte a un lugar de fructificación espiritual que nunca podrías haber alcanzado en la seguridad de un matrimonio idolatrado. La historia no termina aún. El Señor simplemente

LIDIAR CON EL DIVORCIO

está comenzando un nuevo capítulo: uno en el que su fortaleza se perfecciona en tu obvia debilidad.

Descansar en el Proveedor

El abandono es uno de los ecos más viscerales de la Caída que un ser humano puede experimentar. Ser rechazado por la persona que prometió quedarse es un golpe en el centro de tu identidad. Provoca un abismo de silencio en la casa que ningún tipo de sonido puede disipar. Te sientes abandonado por tu cónyuge, tal vez por los amigos que no supieron qué decir, y en las noches frías y oscuras, puedes llegar a sentirte abandonado hasta por el Señor mismo. Te preguntas si Dios se ha ido con las familias que no son un desastre, dejándote solo entre los cardos y las espinas. Sin embargo, la paz no está en la ausencia de caos. Se encuentra en la presencia del Proveedor. Debes hallar descanso en la firme verdad de Isaías 54:5: «Porque el que te hizo es tu esposo; su nombre es el Señor de los Ejércitos».

Esta no es una metáfora sentimental para los que están solos. Es una declaración legal y espiritual para las almas abandonadas. Cuando un proveedor terrenal se aleja, el Proveedor celestial se acerca aún más. La casa vacía no es un símbolo de la ausencia de Dios; es una invitación a una intimidad más profunda y exclusiva con Aquel que no te dejará ni te abandonará. La mayordomía en esta etapa implica administrar el «silencio» como un espacio santo. Es negarse a llenar el vacío con el ruido de las distracciones o la vanidad de relaciones nuevas y frenéticas. Es la tarea de descansar en la soberanía de Aquel que alimenta a los cuervos y viste a los lirios. Si Él puede dar sustento al universo, puede dar sustento a un alma con una cuenta bancaria vacía y un corazón cargado de preocupaciones.

La paz llega cuando por fin dejas de intentar «arreglar» el abandono y empiezas a descansar en el hecho de que eres conocido por completo y amado plenamente por el Creador. Eres mayordomo de esta soledad. Eres administrador de este silencio. El Dueño está usando este tiempo para demostrarte que Él es suficiente: no Él y un cónyuge, no Él y una reputación respetada. Solo Él. Cuando finalmente hayas agotado todas tus fuerzas, encontrarás los brazos eternos que te estuvieron sosteniendo durante todo el camino. El sendero es duro y las ruinas son reales, pero el Señor está de pie en medio de todo eso, construyendo algo que el fuego no puede destruir. Descansa en eso. La mañana llegará.



CONCLUSION

Existe una gracia dura y necesaria en un invierno que se niega a terminar. Tratamos a la helada como la enemiga del jardín, una mano fría que solo busca acabar con la vida debajo de la tierra. Sin embargo, el suelo sabe que no es así. Un invierno suave es una maldición: permite que el suelo permanezca compactado, que la arcilla sea pesada e impenetrable, y que las malezas de raíces superficiales se pudran en la oscuridad. Solamente la helada más profunda, la que se siente en el corazón de la tierra, puede romper el yugo del año viejo. El hielo se expande en las fisuras ocultas de la arcilla, rompiendo la dureza que ningún arado podría llegar a tocar. Cuando por fin llega el deshielo, el caos de ese invierno se convierte en el inicio de la vida nueva.

El jardín que sobrevive a una helada así no emerge con la belleza frágil y delicada de una flor de invernadero. Resurge más fuerte. Los tallos son más gruesos porque tuvieron que empujar el suelo que fue removido con violencia. Los colores son más intensos porque las raíces tuvieron que adentrarse más en la oscuridad para hallar el sustento que la superficie ya no podía darles. Este es el misterio de este mundo. Aquello que pensamos que mataría la vida del espíritu —la destrucción del hogar, el silencio de los cuartos, la fricción del pacto roto— es el instrumento que usa el Señor para labrar el alma. Él no es un jardinero al que le sorprende la helada. Él es quien tiene poder sobre el invierno y conoce la cantidad exacta de presión que puede soportar el suelo antes de romperse para recibir la semilla de una mañana nueva. Observas los restos ennegrecidos de tu sueño doméstico y ves un cementerio. Sin embargo, el Amo mira el mismo suelo y ve un campo que, finalmente y por primera vez, está listo para la cosecha.

Tendemos a ser vanidosos y creer que nuestros fracasos tienen más poder que el decreto de Dios. Nos sentamos en las ruinas y medimos el abismo entre nuestro pecado y su santidad, convencidos de que llegamos al límite de su favor

LIDIAR CON EL DIVORCIO

inmerecido. No obstante, la gracia no es una piscina poco profunda que se seca cuando el calor de nuestra rebeldía se intensifica. Es una fuerza tectónica. Es la sangre de un pacto firmado antes de que se sentaran las bases de este mundo. Si esta noche tienes el corazón roto, no es porque Dios haya abandonado el jardín; es porque está obrando en los lugares más profundos. Su gracia no es un «truco» que te hará sentir mejor en medio del caos. Es la sólida misericordia que permanece en el polvo junto a ti, negándose a dejar que el invierno tenga la última palabra. La Cruz fue el invierno definitivo, un momento en el que parecía que la luz había desaparecido para siempre. Sin embargo, fue el suelo en el que la Resurrección echó raíces. Tu angustia es un capítulo oscuro, pero está siendo escrito por la mano que ya conquistó a la muerte.

Oración

Señor de las ruinas, pon tu mirada en quienes están sentados en la quietud esta noche. La casa está en silencio, y el peso de la silla vacía es más del que pueden soportar. La vergüenza del pacto roto susurra en el pasillo, y el miedo al futuro es como una brisa fría contra la ventana. Te pedimos que los encuentres en medio del polvo. Rompe la arcilla compacta de sus corazones y recuérdales que eres el Dios que se especializa en la resurrección de las cosas muertas. Concédeles la gracia de esperar el deshielo. No permitas que adoren su fracaso; en cambio, dirígelos hacia el sendero antiguo donde la sangre de Cristo habla mejor que su propio arrepentimiento. Dale la paz que proviene de saber que su nombre está escrito en las manos de un Rey que conserva sus cicatrices. No oramos por un retorno a la antigua vida, sino por la fortaleza para caminar hacia la Nueva Ciudad, donde toda lágrima será transfigurada y las ruinas serán restauradas por tu gracia soberana.

Amén.



El doctor **RICHARD JOHN PERHAI** se desempeña como vicepresidente y decano de Estudios Académicos del Seminario Teológico de Kiev, donde es profesor de Biblia y Teología desde 2003. Tiene un doctorado *magna cum laude* en Teología Sistemática por el Seminario Bíblico Bautista, y un doctorado en Exposición Bíblica por el Seminario Teológico de Dallas. Es autor de *La teoría de la Escuela de Antioquía en los escritos de Teodoro de Mopsuestia y Teodoreto de Ciro* (Fortress Press, 2015).

El doctor **LARRY OATS** es un veterano profesor de Biblia y exdecano del Seminario Bautista Maranatha (2009-2019), con más de 40 años de servicio en la Universidad Bautista Maranatha, en Watertown (Wisconsin). Graduado de dicha universidad, tiene un doctorado en Teología Sistemática y se especializa en fundamentalismo e historia bautista.

